

de los murmuradores y negligentes, lo cual hizo á los demás que fuesen más sabios, á excepción de Angulas, que parece no haber sobrevivido á la enfermedad de que también fué atacado, sino para ejercitar la paciencia del Santo con su malicia y su envidia.

Otro religioso llamado Conón, á quien el Santo profesaba especial cariño por la dulzura de su carácter y su virtud, espantado de ver morir á tantos religiosos, sucumbió á la violencia de la enfermedad. Apenado el corazón del Santo, hizo fervorosas oraciones acompañadas de abundantes lágrimas, y sus instancias consiguieron que resucitase. Ya hemos hecho notar en el capítulo anterior que no fué éste el único resucitado con sus oraciones; pero como Dios encamina todos los sucesos á su gloria con una sabiduría infinita, al castigar á los pueblos y á una parte de los discípulos del Santo, se servía de este castigo para la enmienda de los demás. Los religiosos se hicieron más fervorosos: los extranjeros pusieron más confianza en sus consejos: muchos idólatras griegos y bárbaros, heridos con el resplandor de sus virtudes, abrieron los ojos á la fé, y muchos herejes volvieron al seno de la Iglesia.

No se contentó san Simeón con instruir de viva voz á los religiosos y á todos los que á él venían, sino que también escribió muchas cartas y algunos opúsculos piadosos, como oraciones á Jesucristo, á su santísima Madre y á los Santos. Escribió al emperador Justino contra las heregías de Nestorio y de Eutiques, como dice Focio en su biblioteca, el cual asegura que, escribiendo el emperador á Zoilo, patriarca de Alejandría, llama un tesoro á esta carta del Santo. Pero entre todas, es muy notable la que dirigió al mismo emperador¹ con motivo de un insulto inferido por los Samaritanos á las imágenes del Salvador, de su santísima

¹ Bulteau dice que fué dirigida al emperador Justino II.

Madre y de la cruz, en la cual manifiesta con la mayor vehemencia su celo contra estos impíos, y suplica al emperador que refrene sus excesos. Esta carta fué leída en el segundo concilio general de Nicea, é inserta en sus actas juntamente con la relación del milagro ciento treinta y dos hecho por el Santo, y que alega san Juan Damasceno para probar el culto de las sagradas imágenes. Preciso es hacer constar que, queriendo los enemigos de este culto hacer pasar por apócrifa esta carta, que tanto les condenaba, el papa Adriano sostuvo su autenticidad en otra carta que dirigió á Carlomagno en defensa de este concilio.

Terminaremos este capítulo haciendo un breve resumen de la vida de la madre de san Simeón, que tiene la más estrecha relación con la de éste, y que es tenida en gran veneración por los griegos, que celebran con la mayor solemnidad su fiesta el día 5 de julio, aniversario de su preciosa muerte. Su historia fué escrita por un religioso del monasterio del Santo, que fué testigo ocular de la mayor parte de los sucesos que narra, y todo lo que refiere contribuye á confirmar la historia de su hijo escrita por Nicéforo. La bienaventurada Marta, éste era su nombre, se distinguió por la práctica de todas las virtudes cristianas, y sirvió de modelo á las almas piadosas más adelantadas en la perfección. Estableció los fundamentos de la suya sobre una sincera humildad, teniendo formada una idea muy baja de sí misma, considerándose como una vil pecadora, no atendiendo nunca á las buenas obras que practicaba continuamente, y ocultándose cuanto podia, ó deseando, á lo ménos, que el bien que practicaba no atrajese sobre ella la atención de las criaturas. Su fé era viva y activa, es decir, tenia la fé de los Santos, que no consiste sólo en creer, sino en practicar lo que se cree. Su esperanza le hacía suspirar constantemente por los bienes eternos, y su caridad ardiente para con Dios

la impulsaba á observar con toda perfección su santa ley, sin otro fin que glorificarle con los sentimientos de su alma y con todas sus obras, y de hacerse cada vez más agradable á sus divinos ojos con la pureza de sus intenciones.

Puede decirse que su vida era un ejercicio continuado de oración, de mortificación, y de obras de caridad para con el prójimo. Ayunaba con mucha frecuencia, y nunca dejaba de hacerlo los miércoles y sábados de todas las semanas. La proximidad de la iglesia, que estaba muy cerca de su casa, favorecía su deseos de oración, y á ella se dirigía, cuando no se lo impedían sus quehaceres domésticos. Tenía también devoción de contribuir con sus limosnas al alumbrado del templo y al consumo de incienso, que ofrecía en honor de Jesucristo, de su santísima Madre y de los Santos. Con frecuencia pasaba las noches enteras en la iglesia ocupada en orar y cantar himnos y salmos, y cuando no le era posible ir á ella, se consagraba en su casa á este santo ejercicio, interrumpiendo el reposo de su cuerpo, para que su alma se gozase en el Señor. Arreglaba con tanto orden los quehaceres de su casa, que el tiempo en que pudiera descansar lo invertía en la oración y prácticas piadosas. Asistía á las vigiliias de las fiestas de los mártires, y era de las primeras que iban á la iglesia para asistir á los divinos oficios. Durante la celebración de estos procuraba alejar su pensamiento de los cuidados temporales para prepararse á comulgar dignamente.

Su modestia y recogimiento servían de edificación á todos los fieles. Jamás se sentaba, ni profería una sola palabra, sino que se matenia en una posición respetuosa, con el espíritu elevado á Dios, con el corazón penetrado del santo temor del Señor, y arrasados con frecuencia sus ojos por las lágrimas de compunción.

Un buen religioso, llamado Simeón como su hijo, que

notó su larga permanencia en la iglesia y siempre en la misma posición, se acercó á ella, y le dijo: Madre nuestra, sentaos y tomad algún descanso; pero ella le respondió: Ruego á vuestra piedad, Padre mio, que considereis que los criados deben estar de pié delante de sus amos, á pesar de ser estos hombres como ellos: ¿como, pues, hemos de atrevernos á tomar asiento, cuando se celebran los santos misterios del Rey inmortal de la gloria, que es el criador y soberano Señor del universo?

Atenta en todo á adelantar en la perfección y á acumular buenas obras, llevaba siempre algunas prendas para darlas á los pobres: visitaba á los enfermos: no se desdeñaba de asistir á los desvalidos y hasta de acompañarlos á la sepultura, y añade su historiador, que lo mismo hacía con los religiosos de su monasterio, lo cual demuestra que este historiador pertenecía á la comunidad de san Simeón.

Su rectitud en los negocios no tenía igual: jamás litigaba ni para comprar ni para vender, pues en todo lo relativo al comercio se atenia á lo justo y equitativo. Dios le habia dado tacto para persuadir con dulzura, discreción en sus conversaciones y sabiduría en sus consejos, con cuyos dones ponía término á las disputas y disensiones. Así es que sus advertencias eran siempre escuchadas con respeto, tanto por consideración á su virtud, como por el don de consejo que habia recibido del cielo, y que se reconocía fácilmente en las saludables amonestaciones que hacía.

Profesaba gran veneración á los sacerdotes del Señor, manifestándola por medio de los servicios que podia prestarles, hasta el punto de arrojar perfumes á sus pies, como hizo Maria Magdalena con el Salvador, y pidiendo su bendición con profunda humildad. Su corazón no podia ver que una persona estuviese afligida sin prestarle el consuelo que podia.

Iba un día á la montaña admirable con objeto de ver á su santo hijo, y encontró en el camino á un gran número de enfermos y de heridos, cosa muy frecuente en aquella época á causa de las incursiones de los bárbaros. A unos y otros dijo lo que su caridad le inspiró para su consuelo, y deshizo parte de sus vestidos para vendar sus llagas, limpiándolas antes con vino y aceite. Cuando llegó al monasterio, ejercitó con los religiosos todos los actos de caridad que estos necesitaban.

Admirábase también en ella la gracia especial que Dios le habia concedido para apaciguar con su presencia á los energúmenos, por lo cual la llamaban con mucha frecuencia á las casas en que habia algún poseído por el maligno espíritu : pues los que lanzaban voces y alaridos, los que desgarraban sus vestiduras, y se mordian á sí mismos, tan luego como se les presentaba Marta, volvian en sí, se dulcificaban, y tomaban los alimentos que tenian preparados.

Pero aún más que todo esto debe admirarse, como oportunamente dice su historiador, que la reputación que habia alcanzado su hijo con sus eminentes virtudes y con sus extraordinarios prodigios, y que tanto la honraba á los ojos del mundo, léjos de halagar su amor propio, le servia para glorificar al Señor. Cuando veia quedar curada la multitud de enfermos que rodeaba la columna, en vez de sentir natural complacencia, alababa y glorificaba al Señor. Puede también añadirse que, conociendo la debilidad del corazón humano y su propensión á la vanidad, en vez de gozarse en los milagros que hacía su hijo, temia en algunas ocasiones que éste se atribuyese la gloria de ellos. Por esta razón le recomendaba con frecuencia que velase muy cuidadosamente sobre sí mismo, para que el demonio de la vanidad no le arrebatase el mérito de sus buenas obras. « Hijo mio, le dijo un día, dá sólomente gloria á Dios por las maravillas que obra por tu mediación, no pierdas de

vista tu miseria é impotencia, y conserva con grande cuidado en tu corazón los sentimientos de la más profunda humildad. » — Al mismo tiempo pedia constantemente al Señor que lo preservase de los lazos que el demonio tiende al orgullo, y encargaba á las personas que venian á visitarle, que no lo alabasen, para que no le hinchasen los estímulos del amor propio.

Llegó, por último, á una humildad tan profunda de corazón, que no deseaba más que ser desconocida de todo el mundo, y vivir, en cuanto le fuera posible, oculta á los ojos de las criaturas. Esto era precisamente lo que le atraia las gracias especiales con que fué favorecida por el cielo : pues como dice la sagrada Escritura, *¿ en quién pondré mis ojos, sino en el pobrecito y quebrantado de espíritu, y que tiembla de mis palabras ?*¹ Así lo experimentó muy frecuentemente, siendo elevada á los más eminentes dones, y favorecida con muchas revelaciones. Dios le dió á conocer su muerte con un año de anticipación, lo cual participó á su hijo que habia tenido la misma revelación, y éste á vez la comunicó á los demás religiosos. Cuando trascurrió este tiempo vino á verle su madre, la cual le hizo una fervorosa exhortación, animándole con maternal ternura á adelantar en el camino de la perfección. Le recomendó que no procurase más que la gloria de Dios en todas las cosas : que perseverase en la práctica del bien á que se habia consagrado ; á soportar con paciencia las injurias y contradicciones, y á ejercitar la caridad para con el prójimo. Entre otros consejos, le dijo estas notables palabras : « Yo te encomiendo, hijo mio, á nuestro Señor Jesucristo, Rey eterno de la gloria, á quién has consagrado tu corazón por su santo amor y por la penitencia, así como él te ha amado y ha sido crucificado por tí, para que te preserve de la

¹ Isaias, LXVI, 2.

tentación y del pecado, y para que, alejándote del mundo, te conceda por su misericordia la perseverancia hasta el fin. Por esta misericordia te ha buscado: por ella te ha inclinado á que dejes todas las cosas de la tierra, hasta á tus padres. Ejercita la caridad para con los pobres y afligidos y la hospitalidad para con los extraños, haciéndote tú pobre y extranjero en este mundo, y crucificándote con Jesucristo. Conserva siempre en tu corazón un bajo sentimiento de tí mismo, pues la humildad y la modestia preservan de la muerte eterna. Sé el padre de los huérfanos; continúa, como hasta el presente, no haciendo acepción de personas, rebajándote hasta el nivel de los pequeños, é imitando la bondad de Dios, que se deja sentir en todas las cosas. Pide por todo el mundo, y en particular por tu patria y por todos sus moradores, aunque haya mucho tiempo que la dejaste, para habitar esta tierra de Santos. No te desdeñes de orar por los que han tenido la desgracia de alejarse de los caminos del Señor, así como también por los que le sirven fielmente. Acuérdate, por último, en tus oraciones de tu padre, para que el Señor le conceda su misericordia.

A estos consejos añadió una oración que hizo por él á Jesucristo. El día en que esto acaecía era domingo, y se preparó con la santa Comunión para una buena muerte. Al día siguiente pidió licencia á su hijo y á los demás religiosos para separarse, diciéndoles que era la última vez que los veía en esta vida. En efecto, cayó enferma en el camino, y habiendo sido llevada á la casa que habitaba en el barrio de Dafné, en Antioquía, extendió sus brazos, levantó sus ojos al cielo, dió gracias al Señor por llamarla á su seno, y espiró dulcemente, diciendo: «En vuestras manos, Dios mio, encomiendo mi espíritu.» Era el día 5 de julio del año 551, precisamente el día en que su hijo subió á la última columna. Este tuvo revelación en aquel mismo

momento de la muerte de su santa madre, y la puso en conocimiento de sus discípulos. Su cuerpo fué llevado tres días despues con mucha solemnidad á Antioquía, y depositado en el monasterio de san Simeón, al lado derecho de la columna, en donde, asegura su historiador, que hizo muchos milagros. Mas tarde fueron trasladadas sus reliquias á un oratorio edificado expresamente, y en el cual continuaron obrándose los milagros.

ADVERTENCIA SOBRE LA VIDA MONASTICA EN EL SIGLO VI

Antes de hablar de los solitarios del Asia Menor y de las provincias comarcanas, entre los cuales encontramos algunos de los nombres más ilustres que figuran en la historia de la Iglesia, como los de san Basilio y san Gregorio Nacianceno, debemos exponer el estado de los monasterios de Egipto, de Siria y de Palestina en el siglo VI y principios del VII, ó sea, en la época de san Juan Clímaco y de Juan Mosch.

Desde fines del siglo IV hasta terminar el VI, la historia monástica, con raras pero consoladoras excepciones, es más propia para producir dolor que edificación.

El error grosero de los antropomorfistas, ó de los que sostenian que Dios es un sér corpóreo, habia seducido, como hemos hecho observar en otro lugar, á muchos solitarios; mientras que otros habian caído en los errores de Orígenes. Los primeros indicios de estas impías tendencias debian ser desgraciadamente confirmadas no mucho tiempo despues. Las herejías fueron apoderándose de los